

NOTA EDITORIAL

ESENCIA Y SINTESIS DE UN SABIO

Alumno Luis Jaime Sánchez.

Legendaria era ya, antes de extinguirse, la católica estampa de Lleras Acosta. Los últimos días de su estar mundial, fueron una progresiva sublimación del hombre para convertirse en un aspecto original, sobrio, recio y bueno. Había salido el profesor Lleras de lo cárneo, para entrar en la soledad de la deshumanización que hace de los hombres una causa de perennidad impoluta. Era nuestro único aspecto, en su acepción inmaterial.

Nos ha dejado el recurso de contemplar. El mismo, fue un apasionado amante de la contemplación tranquila. Para él, la Ciencia proustiana del bacilo tomaba cierto colorido estático en mitad del dinamismo biótico. Movíase la mentalidad de aquel hombre dentro de una perspectiva dilemática que nunca lo abandonó. Era que la psicología del maestro se había tornado convergente. Buscó durante toda su vida la agudeza conceptual que hace de la palabra una iniciación a la doctrina y una estoica aceptación de la teoría.

Sí. Lleras Acosta, era él mismo una teoría, sostenida por un hierro vital. La construyó, la forjó en el seno esquivo e hirsuto de nuestro medio negativo. Conocía los peligros que acechan al hombre que quiere ser distinto de los demás, sólo porque es parecido a sí mismo. Y decidió irse a la rebusca de sí mismo en "el otro" incógnito, pero vibrátil motivo de la biología. Y sucedió que un día, el profesor Lleras halló aquella simpatía bergsoniana del hombre con el objeto requerido. El mismo pareció extrañado del encuentro súbito repentino. Fue entonces cuando Lleras Acosta se hizo incorpóreo. Difundióse su silueta, esparcióse a través de la trama bacteriológica. Se hizo el hombre inconsútil porque había atravesado el Tiempo.

Lleras Acosta sintió un momento la angustia del instante creador. Experimentó acaso en una soberbia revelación íntima, aquella sensación indecible del hombre frente al Espacio científico, es decir, frente al mecanismo de la gloria. No se movió. Lo había paralizado el acci-

dente de la Muerte. Y sin embargo, parece que el hombre no se hubiera percatado, porque aún se halla tetanizado por la obra, por su obra. Lleras Acosta copió con una extraña precisión toda la esencial trascendencia de la frase terrible: "Le temps ne sert à rien". Y la copió porque la comprendió. El tiempo no sirve, escribió Bergson. El todo es el Espacio. Sí. Pero un espacio insertado en el hombre, un espacio que se concrete a la acción, que se plasme en la prolongación del hombre con la metafísica del acto y que en la continuidad infinita del concepto y el motivo, se torne lábil y accesible.

Así, fue la vida espacial de Lleras Acosta. Diluyóse ampliamente su alma cimera, en lo homogéneo de la ciencia bacilar. En ese ángulo, en ese punto crucial que nosotros vemos circunscrito por líneas, el maestro vio algo más: comprendió que allí terminaba la convergencia de la vida porque nacía la divergencia de lo eterno... y él vio la divergencia en la densidad de la Ciencia, que es la resignación de los sentidos... Murió porque había comprendido la tenacidad del Tiempo. Pero su figura, que era de hierro y carne, como la misma heroicidad medioeval, permanecerá siempre intemporal como un reto al mito de Cloto, la parca de la rueca.

Luis Jaime Sánchez.

